

EL EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION PRIMERA.

EXORDIO DE SAN LUCAS SOBRE LAS DISPOSICIONES QUE SE REQUIEREN PARA LA LECCION Y MEDITACION DEL SANTO EVANGELIO.

S. Lucas, c. I, v. 1 y 4.

Consideraremos aquí cuatro de estas disposiciones, que formarán los cuatro puntos de la presente meditación. Nos dispondremos á la meditación del Evangelio con ardor, con fe, con exactitud y con confianza.

PUNTO PRIMERO.

ES NECESARIO MEDITAR EL EVANGELIO CON ARDOR.

Primeramente, *el ejemplo nos debe inspirar este ardor.*—“Ya que muchos, dice san Lucas, se han esforzado á formar la relación de las cosas acaecidas entre nosotros, como nos las contaron los que desde el principio las vieron y fueron ministros de la palabra . . . me ha parecido á mí también, después de haberme informado muy bien como pasaron desde el principio, escribirtelas por orden, oh Optimo Teófilo! para que conozcas la verdad de las cosas que te se han enseñado . . .” San Lucas se movió á escribir su Evangelio del ejemplo de los otros, ó sea de los santos evangelistas Mateo y Marcos, que habían escrito antes que él, pero que no lo habían escrito todo, ó sea del ejemplo de los evangelistas desechados en aquel tiempo por la Iglesia, y que no habían escrito guiados del Espíritu Santo: también nosotros debemos animarnos á leer y meditar el Evangelio del ejemplo de los santos y aun de los

mundanos. *Ya que muchos leen y meditan el Evangelio con tanta atención y frecuencia y encuentran en él tantas delicias y sacan de su lección tanto fruto, ¿por qué no los imitaré yo? Ya que muchos con tanta seriedad se ocupan en una multitud de frívolos objetos, ya que yo mismo he perdido tanto tiempo en lecciones, en pensamientos, en reflexiones inútiles y aun dañosas, ¿por qué ahora no haré por mi eterna salvación lo que tantos otros y yo mismo he hecho por el mundo y por la vanidad? ¡Ah! Dios mío; me ha parecido también á mí, esto es, he resuelto y mi resolución será constante, aplicarme seriamente al estudio y á la meditación del santo Evangelio.*

Lo segundo. *La facilidad de este ejercicio encenderá mas y mas mi ardor, porque aquí no se trata de profundas y abstractas especulaciones: la historia de Jesucristo es conocida á todo el mundo y con esta quiero formar la materia de mis meditaciones, pues ella es el fundamento de toda la religión, materia fácil: no nos excusamos alegando nuestra incapacidad de meditar. ¿Hay cosa mas fácil que leer una historia, ocuparse en ella y reflexionar sobre lo mismo que se lee? Materia también agradable; ¿y nosotros pensaremos encontrar tedio y disgusto en el meditar? La historia agrada á todo el mundo; ¿y qué historia puede ser mas interesante, mas noble y mas sorprendente que la de un Dios hecho hombre, que vivió, que trabajó y que conversó con nosotros?*

Lo tercero. *La importancia de este ejercicio nos hará más ardientes y fervorosos en practicarlo.*— ¡Ah! me engañé cuando miré el tiempo dado á la meditación como un tiempo perdido y pasado en el ocio, cuando dije que mis ocupaciones no me permitían meditar. ¿No es esta la ocupación y el negocio de la mayor importancia?— *Las cosas acacidas entre nosotros.* ¿No son estas las que se obraron por nosotros y por mí en particular? ¿No son estas la base de la religión, el objeto de mi fe, la regla de mis costumbres, el fundamento de mi esperanza y el principio de la vida eterna que espero? Por otra parte, ¿cómo me preservaré de la corrupción del siglo sin estar penetrado de estas grandes verdades? ¿Y cómo lo estaré sino con una continua lección y meditación?

PUNTO II.

ES NECESARIO MEDITAR EL EVANGELIO CON FE.

La fe exige de nosotros que no recibamos otro Evangelio que el que nos presenta la Iglesia, y que desechemos cualquiera otro que la Iglesia no reciba ó que ha reprobado. “Muchos, dice san Lucas, se han esforzado á formar la relación de las cosas de Jesucristo.” Ahora, pues, ¿quién nos ha dado como divinos ó inspirados los cuatro libros del Evangelio que poseemos, y quién ha desechado como falsos y apócrifos los otros Evangelios? ¿quién ha hecho el discernimiento de estas obras? La Iglesia, y con esto nos propone para considerar é imitar tres ejemplos.

Primero. *Un ejemplo de su autoridad suprema é infalible en lo que toca á la enseñanza y al depósito de la fe.*— Los falsos Evangelios han sido proscritos y condenados por la Iglesia, y condenándolos no ha podido errar; de otra suerte las promesas de Jesucristo hubieran sido vanas y carecería de fundamento nuestra fe. Lo mismo debe decirse de todos los libros que condena, y que condenará hasta el fin de los siglos. Jamás se le ha quitado esta autoridad, y la conservará mientras haya hombres que guiar, que instruir y que preservar del error.

Segundo. *La Iglesia nos propone como ejemplo la sumisión de los primeros fieles á sus decisiones.*— ¿En qué han parado los falsos Evangelios? La sumisión de los primeros cristianos no ha permitido que esos malos libros lleguen hasta nosotros, y lo mismo sería de todos los otros que hasta hoy han producido y publicado tantos novatores, si se hubiera mantenido y perpetuado la misma sumisión. La autoridad que ha juzgado y proscrito los falsos Evangelios, tiene igualmente derecho de juzgar y de condenar los falsos sentidos que se dan al verdadero Evangelio. Un libro recibe su estimación del sentido que en sí

contiene; pues recibir de las manos de la Iglesia el libro del Evangelio y darle sentidos reprobados por la Iglesia, sería sin duda contradecirse y seguir efectivamente un falso Evangelio. Está, pues, lejos de nosotros el derogar á un Evangelio que ha sido escrito según la tradición vocal, la palabra no escrita, la predicación evangélica y la enseñanza de la Iglesia. Esta tradición ha precedido á la Escritura, nos la ha enviado, la acompaña siempre y la explica. Esta tradición sube sucesivamente hasta aquellos que vieron las cosas desde el principio y fueron ministros de la palabra; esto es, no solo hasta los apóstoles, que fueron instruidos por Jesucristo y sobre quienes bajó el Espíritu Santo para dar fuerza y virtud á sus instrucciones, sino también hasta la santísima Virgen y san José, testigos irrefragables de cuanto acaeció en el nacimiento, en la niñez y en la infancia de Jesucristo. ¿Qué consuelo para los corazones católicos! ¡Ah! ¿por qué no entran también á la parte con nosotros todos los cristianos?

Tercero. *La Iglesia propone por ejemplo la docilidad de los autores anónimos de los falsos Evangelios.*— Es de presumir que estos no se obtuvieron contra su autoridad; por lo menos no vemos que le hayan turbado con alegorías y con defensas injuriosas, ni que hayan dejado después de sí defensores de sus libros, y continuases en este punto á sus decisiones. Y si los novatores de los siglos siguientes no han tenido la misma docilidad, guardémosnos nosotros de hacernos cómplices de su rebelión, de leer sus obras y también de apartarnos de la obediencia de verdaderos fieles, para aumentar el número de los partidarios del error.

PUNTO III.

ES NECESARIO MEDITAR EL EVANGELIO CON EXACTITUD.

“Me ha parecido á mí también, después de haberme informado muy bien cómo pasaron desde el principio, escribírtelas.” Todo bien nos viene de Dios sin que nosotros lo merezcamos; pero no debemos abusar de esta verdad para fomentar nuestra pereza. Si Dios ha querido que aun los autores inspirados hayan usado toda exactitud y que hayan hecho todas sus diligencias para ser fieles á las inspiraciones, ¿con cuánta mayor razón exigirá las nuestras, para aprovecharnos de esta misma inspiración? Esta exactitud se debe extender á nuestro cuerpo, á nuestro espíritu y á nuestro corazón.

Primeramente *exactitud de nuestro cuerpo*; esta consiste en ser fielmente exactos todos los días en la lección y meditación del santo Evangelio, aunque á costa de nuestro reposo, de nuestros

negocios, de nuestras ocupaciones, de nuestros placeres y de nuestras propias inclinaciones. Si nos cuesta algún poco, seremos después abundantemente recompensados.

Lo segundo, *exactitud del espíritu.* Tanto el espíritu cuanto el cuerpo, tiene su pereza, que se debe vencer, aplicándose seriamente á la meditación. El espíritu tiene una inconstancia increíble, que se debe fijar. Las distracciones lo sorprenden de todas partes. No admitamos jamás las voluntarias, porque Dios que las ve se dará por ofendido, y acaso nos castigará en el mismo instante con una sequedad y un disgusto, que comunicándose y extendiéndose á todos nuestros ejercicios de piedad, nos puede durar todo el tiempo de nuestra vida. El espíritu tiene una soberbia y un secreto orgullo, y conviene domarlo. Ve con pena y con disgusto que no es dueño de sí mismo; que no puede pensar en lo que quiere, y que mil distracciones le hacen pensar lo que no quiere. En este caso, las distracciones involuntarias no deben jamás hacernos abandonar la meditación ni ocasionarnos disgusto ó sorpresa; nos deben solamente mover á humillarnos delante de Dios, á reconocer nuestra debilidad, á implorar el socorro del Señor y á ofrecerle nuestra pena. La oración mas interrumpida con las distracciones involuntarias es siempre mas meritoria, por lo mismo que es mas penosa y mas humilde.

Lo tercero, *nuestra exactitud en meditar debe sobre todo ganar nuestro corazón.*— El corazón lleva al mismo tiempo el peso del cuerpo y la volubilidad del espíritu: como el cuerpo cae con su propio peso hacia la tierra, y como el espíritu se exhala en mil deseos y afectos quiméricos, es propio de la meditación levantarlo y fijarlo. La exactitud, ó sea la atención que debemos tener, consiste primeramente en añadirlo al sujeto que meditamos. Todo lo que se hace en la meditación se hace por el corazón, por moverlo, por enternecerlo y por purificarlo. Enderecemos á este fin todos nuestros pensamientos, y todas nuestras reflexiones. Si nuestro corazón no se mueve, son inútiles aun las mas nobles ideas que puede formar nuestro espíritu. Una sola palabra que penetre nuestro corazón, vale mas que los pensamientos mas sublimes que no tengan la fuerza de excitarlo á algún sentimiento religioso. Esta exactitud consiste también en hacer en el curso de la meditación otros muchos actos internos de diferentes virtudes, según el asunto que se medita; estos actos son un ejercicio del corazón, y este ejercicio lo pone en movimiento; poco á poco lo acalora, y á las veces lo enciende en el amor divino: este amor es el que sobre todo debemos encender y excitar en nosotros mismos. El Evangelio es la ley del amor; todo en él se endereza al amor; milagros, instrucciones, misterios, amenazas y promesas, todo nos lleva al amor: san Lucas enderezándonos su Evangelio

comprende todos los cristianos bajo el nombre de *Theophilo*, que quiere decir *amor de Dios*: en efecto, el que ama á Dios, no es cristiano ó lo es solamente de nombre. Finalmente, esta exactitud consiste en retener alguna cosa de nuestra meditación que nos comueva, algún sentimiento afectuoso con que nuestro corazón pueda santamente entretenerse en aquel día, ó cualquiera resolución práctica que nos corrija de algún defecto ó que nos haga ejercitar cualquier virtud.

PUNTO IV.

ES NECESARIO MEDITAR EL EVANGELIO CON CONFIANZA.

Nuestra confianza y nuestros deseos deben ser de sacar de la lección y de la meditación del Evangelio el fruto que Dios quiere que saquemos, esto es, el conocimiento de la verdad. “Para que tú conozcas, dice san Lucas, la verdad de las cosas que te han sido enseñadas...” Nosotros estamos instruidos de la vida, de los misterios, de los milagros, de los discursos de nuestro Señor; pero aquí se trata de adquirir:

Lo primero, *un conocimiento mas exacto.*— Nosotros lo adquiriremos con leer, meditar y unir la relación de los cuatro evangelistas. Veremos el tiempo, el lugar, la ocasión y las circunstancias de cada hecho evangélico. Este orden nos lo hará comprender mejor y retener mas fácilmente; nosotros entenderemos con mas seguridad las relaciones; nuestro espíritu quedará mas iluminado, mas movido nuestro corazón, y nuestra piedad mas edificada.

Lo segundo, *un conocimiento mas profundo.*— No se puede leer el Evangelio sin admirarlo, aun cuando se lean solo de paso sus hechos, y sin particular atención; pero cuando cada día un cristiano escoge un hecho ó discurso en particular, se para y fija en él su atención; lo considera despacio y á su gusto bajo todas sus relaciones; lo medita, se lo aplica, y exprime, por decirlo así, toda su sustancia; entonces descubre en él maravillas; encuentra gusto, luces y cosas tan sublimes, que penetran el alma y la arrobaban; cosas todas que en vano se buscarían en otra parte; en una palabra, se halla obligado á confesar que todo en él es grande, noble, tierno, inspirado y divino.

Lo tercero, *un conocimiento mas sólido y mas firme.*— La fe no puede vacilar en quien medita cristianamente el Evangelio de Jesucristo. De hecho, meditando este sagrado libro se halla obligado cada uno á gritar; esto no es de invención humana, esto no puede ser falso. Estos hechos y esta manera de contarlos, son superiores al hombre y no pueden tener por autor á otro que

á Dios. Y á la verdad, ¿quién jamás ha escrito con mayor grandeza y menos afectación? ¿Qué obra enseñó jamás una doctrina mas elevada, y cuyo estilo, órden y composición hayan tenido mayores caracteres de verdad, de fuerza, de simplicidad y de elevación? Lo sobrenatural no se puede imitar; allí no se ve ni arte, ni estudio, ni pasión, y los sucesos que en él se describen, llevan todos un carácter de luz y de divinidad, que anuncia y corresponde á la nobleza y á la majestad de Aquel que es el sugeto.

PETICION Y COLOQUIO.

Os doy infinitas gracias, ¡oh Dios mio! con toda la extension de mi corazon, por haberme hecho llegar al conocimiento de nuestro divino Evangelio. ¿Seré tan degradado que poseyendo un bien tan grande lo deje perecer en mis manos? ¿O lo poseeré solamente para mi vergüenza y para mi condenación? No, Señor; será el consueño de mi corazon, el cotidiano alimento de mi alma y el apoyo de mi vida. ¡Oh santos evangelistas! vosotros que habeis sido escogidos por Dios para enviarnos esta palabra de vida, y que la habeis escrito con tanta diligencia, con tantas luces y con tanto celo, alcanzadme la gracia de meditarla fielmente, de imprimirla profundamente en mi corazon, y de practicarla constantemente, para vivir con vosotros eternamente. Amen.

MEDITACION II.

Aparición del ángel Gabriel á Zacarías para anunciarle el nacimiento de un hijo que será el precursor del Mesías.

S. Lucas, c. I, v. V, XXV.

PUNTO I.

LO QUE PRECEDE Á ESTA APARICION.

Tres cosas debemos considerar aquí: la primera, *la data*.—“Hubo en tiempo de Herodes, rey de Judea, un sacerdote que se llamaba Zacarías, de la clase de Abías, y su mujer de las hijas de Aaron, y se llamaba Isabel.” Esta data es una prueba de sinceridad. Un histórico que da la fecha con esta precision, que nombra las personas, que señala la familia y el origen, no quiere ciertamente engañar, y muestra al mismo tiempo que no teme ser desmentido. De hecho, los judíos de los primeros siglos jamás se atrevieron á acusar de falsedad los evangelistas en las épocas que notaron, ni en cuanto á las personas ilustres que tuvieron cuidado de nombrar.—Si los

impíos modernos, que tan furiosos están contra el Evangelio, quieren combatirlo con buen suceso, esta es la palestra en que deben ejercitarse.... Porque gritar siempre contra los hechos milagrosos ó contra la incomprensibilidad de los misterios, no es otra cosa que una vana declamación. Si el Evangelio es falso, que lo prueben, como se ha hecho con otros libros, aplicando para esto las reglas de una justa crítica, mostrando en él los errores de cronología y las contradicciones. Pero ni los antiguos ni los nuevos enemigos del cristianismo lo han hecho jamás, ni jamás lo harán. Esta data tan simple y tan sincera que pone san Lucas, es al mismo tiempo el cumplimiento de las profecías. Este Herodes es el primer rey extranjero que habian tenido los judíos. Era filisteo de nacion nativo de Ascalon, puesto sobre el trono de Judas por autoridad de los emperadores romanos.... El cetro, pues, habia salido ya de Judas, y habia llegado el tiempo señalado por el patriarca Jacob¹ para la venida del Mesías. Era igualmente fácil contar las setenta semanas de Daniel² y ver que en aquel tiempo se debian cumplir.—Adoramos la providencia de Dios, su soberana sabiduría y su fidelidad en mantener sus promesas.

La segunda, *el carácter de Zacarías y de Isabel*. Estos eran nobles pero vivian sin orgullo y sin fanatismo. La nobleza da lustre y crédito á la virtud; pero sin virtud de qué sirve la nobleza? Eran, pues, los dos justos delante de Dios, caminando irreprensibles en todos los mandamientos y en las leyes del Señor.... Servian á Dios con un corazon recto y sincero, sin respeto humano y tambien sin hipocresía; justos segun la ley y fieles observadores de todos los preceptos que esta les prescribía, y justos para con el prójimo, no habiendo jamás dado materia de queja ni ocasion de escándalo. ¿Es tal nuestra justicia? “Y no tenian hijo, por ser Isabel estéril y por los dos de edad ya avanzada.” Estaban afligidos, pero no se lamentaban; no tenian hijos, pero no se quejaban. Isabel llevaba el sobrenombre de estéril, cosa de oprobio en su nacion, pero no se mostraban ofendidos. ¿Es tal nuestra paciencia en las aflicciones? ¿Afortunados los matrimonios en que con la igualdad de sangre, con la conveniencia de la edad y con la uniformidad de los caracteres, se halla una virtud tan sólida!

La tercera, *la circunstancia del tiempo y de la acción*. “Sucedió, pues, que mientras hacia la funcion de sacerdote delante de Dios, por el órden de su turno, segun la costumbre del sacerdocio, lo tocó en suerte entrar en el templo del Señor á ofrecerle el incienso, y toda la gente del pueblo oraba á la parte de afuera en la hora del incienso....” Fue, pues, en el templo en el momento de quemar el incienso y de rezar las

¹ Genes., XLIX, v. X.

² Dan., IX, v. XXIV.

oraciones ordenadas por el rito sagrado de la nacion. Fue en el tiempo en que el pueblo oraba en él, segun el uso, y esperaba la bendición del sacerdote á su vuelta: ¿qué circunstancia mas oportuna para obtener del cielo los mas señalados favores? Frequentemos los templos, asistamos á las oraciones públicas, á los oficios de la Iglesia, y principalmente en las horas del sacrificio, en que se ofrece á Dios el verdadero perfuma, que es Jesucristo.... ¿Qué ventajas no sacaremos si asistimos con aquel respeto exterior é interior que exige este divino sacrificio? Y si nosotros mismos en calidad de sacerdotes debemos ofrecerlo, ¿con qué atención y con qué decencia debemos observar el órden y las ceremonias? ¿Con qué recogimiento de espíritu y pureza de corazon, con qué fervor y amor y con qué reconocimiento debemos celebrar la sacrosanta acción?

PUNTO II.

LO QUE SUCEDE EN LA APARICION.

Tres objetos se ofrecen aquí á nuestra vista. El primero *el ángel de Dios*: Observemos primero su visible presencia cerca del altar. “Y se le apareció (dijo el Evangelio) el ángel del Señor puesto en pie á la derecha del altar del incienso; y Zacarías al verlo se turbó, y el temor lo sorprendió....” Un millon de ángeles cercan el altar de Jesucristo. Si su presencia invisible no nos atemoriza, ¿debemos por ventura estar con menor respeto y tener menor amor y confianza? Admiramos en segundo lugar la bondad del Espíritu celestial. Y el ángel le dijo: “No temas, Zacarías, porque ha sido oída tu oración; y tu mujer Isabel te parará un hijo, y lo pondrás por nombre Juan....” Es propiedad de los buenos ángeles el confortarnos, y todo aquello que inspiran nos trae la paz del corazon y la confianza en Dios. Observemos por fin el nombre, la dignidad, el empleo y el poder del ángel.... “Y Zacarías dijo al ángel: ¿cómo comprenderé yo tal cosa? porque yo soy viejo y mi mujer está ya avanzada en edad....” Zacarías muestra aqui alguna desconfianza sobre el cumplimiento de cuanto le anuncia el mensajero celestial.... Y respondiendo el ángel le dijo: “Yo soy Gabriel, que estoy en la presencia de Dios, y he sido enviado para hablarte y traerte esta buena nueva....” El ángel, no sin razon, declara aquí su nombre: *Gabriel significa fuerza de Dios*. Es el mismo ángel que reveló y explicó la profecía de las setenta semanas de Daniel, y que bien presto irá á anunciar á Maria el nacimiento del Salvador. ¿Quién otro, fuera que el Dios fuerte, puede de esta manera ordenar los acaecimientos, anunciarlos y cumplirlos?

Supliquemos á este santo ángel que nos penetre de estos santos misterios, de que ha sido el ministro para con los hombres, y por decirlo así, el primer evangelista. Su empleo es de llevar á los hombres las órdenes de Dios, pero sin perder jamás su presencia. Así aquellos que sobre la tierra están encargados de anunciar al pueblo la voluntad del Señor, deben estar siempre unidos á Dios y vivir entre los hombres una vida angélica. Los ángeles son superiores en su poder á todas las humanas fuerzas; pueden hacerse visibles ó invisibles, pueden hacerse socorremos y castigarnos.... Respetemos á Aquel que se nos ha dado por guarda y confiamos entoramente en él. Finalmente, debemos considerar en el ángel Gabriel la severidad que ejercita. Después de haberse dado á conocer á Zacarías, le añadió: “Y mira que estarás mudo y no podrás hablar hasta el dia que esto suceda, porque no has creído á mis palabras, las cuales se cumplirán á tu tiempo....” Por una palabra indiscreta nueve meses de silencio! Bien presto nos enmendariamos de nuestros defectos, si con tanta severidad fuesen castigados por nosotros.... Si el juicio de un ángel es tan severo, ¿qual será el juicio de Dios?

Lo segundo. *Consideremos á san Juan y volvamos á las palabras del ángel*. Y tu mujer Isabel (dijo á Zacarías) te parará un hijo, y lo pondrás por nombre Juan; y te servirá á ti de alegría y de júbilo, y muchos se alegrarán por su nacimiento; porque será grande delante del Señor, y no beberá vino ni sidra,¹ y será lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. Y convertirá muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios; y él le precederá yendo delante con el Espíritu y la virtud de Elías, para convertir el corazon de los padres hacia los hijos, y para preparar al Señor un pueblo perfecto.... San Juan será grande delante de Dios, no por la nobleza de su sangre, sino por las maravillas que el Señor obrará en su nacimiento; por los dones del Espíritu Santo que le precederán; por la inocencia de su vida; por la austeridad de su penitencia; finalmente, por el ardor, por la pureza, por la constancia, por los trabajos y por los sucesos de su celo.... ¡Cuán bien conocía el ángel la verdadera grandad! No le era menos conocido el corazon humano; y de hecho, ¿qué cosa puede ser mas propia para preparar al Señor un pueblo perfecto, que el representar á los pecadores que es su Dios, que es su Salvador el que ellos abandonan? ¿A las herejes que es la antigua ley la que ellos destruyen, y que degeneran de la simplicidad y de la rectitud de corazon de sus padres; á los incrédulos, que son las primeras reglas de la prudencia mas comun, de donde se

¹ Cierta bebida arro de zumo de manzanas, que causa embriaguez.

apartan, en el negocio mas importante del mundo, y en que no hay otro partido que tomar que aquel con que los convierta el ejemplo de los verdaderos fieles?

Lo tercero. *Observemos á Zacarías.*—Consideremos primeramente su temor. “Se turbó y le sorprendió el temor.” Si un amigo de Dios se atormenta á la vista de un ángel, ministro de la misericordia del Señor, ¿cuál será el terror de los pecadores cuando verán á Jesucristo rodeado de todos los ángeles ministros de sus venganzas?—Consideremos en segundo lugar su oración: “Porque ha sido oída tu oración.” Otras veces habia pedido un hijo; pero ya habia mucho tiempo que no pedía otra cosa que ver al Mesías, que era la expectación de toda la nación, y cuya venida, segun todas las profecías, no debía estar muy lejos.... Su oración fué oída en el uno y en el otro punto, y en una manera que sobrepasó todas sus esperanzas.—Cuando nosotros somos solícitos en los intereses de Dios, Dios es solícito por los nuestros: cuando Dios no oye nuestros votos ó cuando difiere el oírlos, es siempre para nuestro bien.—Examinemos en tercer lugar, la culpa de Zacarías. De una parte ella fué grande, porque la autoridad de Dios es un motivo para creer contra las apariencias de la razon y contra otro cualquier obstáculo de la naturaleza. Por otra parte, su calidad de sacerdote pedía de él una docilidad mas perfecta y una fe que pudiese servir de modelo al pueblo....

Y por otro lado, esta culpa parecia excusable: ella fué solo de un momento, y era un momento de turbación y de temor.—¿Y cómo excusar en nosotros tantas desconfianzas, tan continuas y tan voluntarias, dadas afectadas y deliberadas, una indecibilidad y una incredulidad escandalosa?—Observemos finalmente el castigo de Zacarías cuando dijo al ángel: “¿Cómo comprenderé yo tal cosa?...” Deseaba sin duda una señal, ó un milagro que le confirmase la verdad de las cosas que se le habian anunciado, y esta señal se le concedió: *Quedó mudo*: tal fué el efecto involuntario de su petición, que fué al mismo tiempo castigo de su culpa y prenda segura de la bondad del Señor para con él; y él aceptó con sumisión y reconocimiento su castigo.—Dios muchas veces nos oye para castigarnos de algunas peticiones indiscretas que lo hacemos; pero sus castigos en este mundo, aunque á nosotros nos parezcan otra cosa, siempre son favores.

PUNTO III.

LO QUE SIGUE A LA APARICION.

Tres objetos se presentan aun á nuestra consideración. El primero, *Zacarías.*—“Y el pueblo estaba esperando á Zacarías, y se maravilla-

ban de lo que se tardaba en el templo; y habiendo salido, no podía hablarles; y entendieron que habia tenido una vision en el templo, y él se lo significaba por señas, y se quedó mudo.... Y sucedió que habiéndose acabado los dias de su oficio, se volvió á su casa....” ¡Qué fervor! Zacarías no se dispensa de acalar el tiempo de su servicio ni por su enfermedad, ni por el deseo que tenia de hacer participante á Isabel del favor que se le habia prometido. ¡Qué humildad! No teme manifestarse al pueblo y sufrir con resignación la humillación de su estado. ¡Qué amor por el retiro! No se detiene después de haber acabado sus funciones: se vuelve á su casa cuando ya no es necesario su ministerio. ¡Cuántas lecciones para nosotros en esta conducta!

Lo segundo. *El pueblo merece tambien nuestra admiración.* ¡Qué piedad! No se queja de lo largo que ha sido el sacrificio, y se estuvo en oración hasta que se acabó. ¡Qué circunspección! No insulta á la desgracia del ministro del altar. ¡Qué caridad! No lo acusa, ni aun sospecha de él alguna falsedad. ¡Qué respeto! Cree solamente que Zacarías ha tenido alguna vision del cielo, y la enfermedad que en él reconoce, se lo hace siempre mas respetable.—Del mismo modo debemos nosotros respetar los afligidos, interpretar todo en buena parte, y jamas sospechar mal de alguno, y mucho menos de los ministros del Señor.

Lo tercero. *Consideremos á Isabel.*—“Y después de estos dias concibió Isabel su mujer; y por cinco meses se mantuvo escondida diciendo: el Señor lo hizo así conmigo, cuando se volvió á mí para quitarme la ignominia de entre los hombres....” ¡Qué fe en esta santa mujer! Zacarías la instruyó, si duda por escrito, de las misericordias del Señor: ella no dudó de creer, y su fe fué recompensada. ¡Qué humildad! Habiendo concebido, segun la promesa del ángel, no se apresuró á mostrarse en el mundo ni á publicar su contento.—De ella deben aprender las almas favorecidas de Dios á esconder las gracias que les hace, y á no hablar de ellas sino por obediencia ó por necesidad. ¡Qué reconocimiento! No cesaba de dar gracias al Señor y de admirar su providencia.... Dios nos aflige y nos consuela cuando le agrada, segun los designios de su providencia y de su soberana sabiduría. ¿Por qué, pues, inquietarnos en las manos de Dios, que todo lo pueda, que todo lo gobierne y que nos ama? Demoslo gracias por todo, y todo lo que hace se convertirá siempre en nuestro mayor provecho.

PETICION Y COLOQUIO.

Sí, ¡oh Dios mio! os doy infinitas gracias, y os daré en todo tiempo, y principalmente cuando os agrada probarme. Seré mil veces muchas mas feliz si para poseeros me concedéis sufrir

tanto cuanto sufren y padecen los pecadores, pero sin fruto y perdiéndose. Sé que me afligiréis en el tiempo para llevarme á vos y perdonarme males eternos. Los bienes que me negareis en el orden de la naturaleza, me los restituirá vuestra gracia con usura en el cielo. Castigad, pues, ¡oh justicia misericordiosa de mi Dios! castigad y cortad aquí en la tierra para perdonarme en el cielo. Amen.

MEDITACION III.

La anunciación.

PUNTO PRIMERO.

EL ANGEL GABRIEL ES ENVIADO A MARIA.

San Lucas, c. I, v. XXVI, XXVIII.

“Y el sexto mes fué enviado el ángel Gabriel por Dios á una ciudad de la Galilea llamada Nazareth, á una virgen desposada con un hombre de la casa de David llamado Joseph, y la virgen se llamaba María....”

Primeramente. *Consideremos la solemnidad de esta embajada.*—Es Dios el que envía un mensajero celestial hácia la tierra, es un ángel del primer orden, es *Gabriel, la fuerza de Dios*, el que es enviado; y toda la celeste esfera está atenta á este grande acontecimiento, y espera las resultas. Estos preparativos deben verdaderamente penetrarnos de un religioso temor.

Lo segundo. *Meditemos el sugeto de esta embajada.*—Trátase de la Encarnación del Verbo en el casto seno de una virgen; trátase de la reparación del género humano.... Representémonos aquí, pues, la Santísima Trinidad, que en presencia de todos los espíritus bienaventurados dice, no como otra vez.... “hagamos al hombre á nuestra semejanza....” sino *hagamos al hombre Dios*, que reconcilie la tierra con el cielo, que repare al hombre perdido, que lo eleve hasta nosotros y lo haga digno de ocupar el lugar de que se hicieron indignos los ángeles rebeldes: oimplamos nuestros oráculos y demos finalmente al Mesías, ya por tan largo tiempo esperado.... Mira cómo concurren especialmente las tres personas de la Santísima Trinidad la cumplimiento de este prodigio de amor: el Padre da á los hombres su hijo, el Verbo consistente en hacerse hombre, y el Espíritu Santo se ofrece á obrar este grande misterio. Humillémonos profundamente llenos de respeto y de reconocimiento por un beneficio tan señalado y por una caridad tan inmensa.

Lo tercero. *Examinemos el término de esta embajada.*—El ángel no fué enviado á las ciudades grandes, á los palacios de los príncipes, á

las hijas de los reyes vestidas de púrpura y cubiertas de oro y de piedras preciosas; fué enviado á Nazareth, pequeña ciudad de la Galilea, á una jóven virgen llamada María, esposa de Joseph.... Verdaderamente los dos esposos eran de la real casa de David; pero ya de mucho tiempo su familia habia decaído de su esplendor; y María, á los ojos de los hombres, no estaba en otra estimación que de esposa de un artesano. Y con todo eso, á esta fué destinado el embajador; y en esta quiere Dios obrar la maravilla mayor de su omnipotencia; y para su ejecución le pide su consentimiento, como si fuese necesario.—No es el nacimiento ni los dones de naturaleza, aun los mas raros, los que se llevan los ojos de Dios; el verdadero mérito á sus ojos es la modestia, la humildad, la inocencia de costumbres y el amor de la pureza.

Maria no está advertida de los designios de Dios sobre ella, ni de la celestial embajada que se le envia; ¿cómo, pues, la recibirá y corresponderá á ella?... Nuestros primeros padres vestidos de la inocencia original estaban encargados de guardarla; solo les debía costar un acto de obediencia, y esto fué aun mucho para ellos. Al primer ataque del ángel malvado se dejaron vencer, Eva ganada por la vanidad y Adán por la complacencia.... Zacarías advertido por el mismo ángel, que es aquí diputado, del futuro nacimiento de un hijo y de sus riquezas, quedó tan turbado y tan confuso, que de la turbación cayó en la infidelidad, que le mereció un ejemplar castigo. Ahora pues, ¿cómo María en un hecho tan fuera de toda expectación llevará todo el peso de las grandezas que se le deben anunciar? ¡Ah! Sabrá bien ella hacerlo de una manera que se arrobará las admiraciones del cielo y de la tierra.—Seais para siempre bendita, ¡oh digna madre de Dios! ¡oh divina Reparadora de todos nuestros males! ¡oh verdadera Madre de los vivientes, nuestro remedio, nuestro consuelo y nuestra gloria!

PUNTO II.

EL ANGEL TRATA CON MARIA.

Confrontemos los sublimes favores que el Espíritu celestial anuncia á María, con el candor, con la noble simplicidad, con la excelencia de las virtudes de esta santa Virgen, y veremos lo que tiene el cielo de mas grande en las promesas del ángel, y lo que puede tener la tierra de mas santo en las respuestas de María.

Lo primero. *El ángel saluda á María y María se turba.*—“Y entrando el ángel á ella, le dijo: Dios te salve llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres....” ¡Qué respeto! ¡Qué sublimes elogios en esta sa-

lutación del ángel y en sus expresiones! Le da tres títulos de una incomparable grandeza. El primero respecto á ella misma: *llena de gracia*; esto es, tú eres la mas santa de todas las criaturas, tú eres un tesoro de todas las virtudes por la inocencia de tus costumbres y la pureza de tu vida.—El segundo respecto de Dios: *el Señor es contigo*; esto es, tú eres de él acariada, protegida y acompañada; él está en ti, él es contigo, tú estás en todo gobernada por su espíritu.—El tercero respecto de los hombres: *benedita tú eres entre las mujeres*; esto es, tú eres bendita, distinguida y ensalzada sobre todas las mujeres. ¿Habló por ventura jamás un ángel á una criatura en términos tan respetuosos y tan magníficos? ¿Con qué respeto enderezamos nosotros estas mismas palabras á María? “Lo que habiendo ella oído, se turbó á sus palabras, y estaba pensando qué salutación fuese esta. . . .” María responde solo con el silencio; pero en este silencio ¡oh! cuántas virtudes! Primera. ¡Qué humildad! Su corazón huye las alabanzas que le dan, nada se apropia á sí misma, y toda la gloria la atribuye á Dios. Segunda. ¡Qué modestia! Las alabanzas mismas la inquietan, la turban y la atemorizan. Tercera. ¡Qué prudencia! Examina qué cosa sea esta salutación, de dónde venga y á dónde se enderece; se cautela y está en advertencia.—Si los elogios de un ángel que no habla de otra cosa que de Dios, turban á María, ¿cuánto mas debemos temer las alabanzas de los hombres, que por lo comun solo tratan de las ventajas naturales y peligrosas, de la nobleza, del espíritu, de los talentos ó de la belleza? Debíamos en estas ocasiones llamar á nuestra memoria el ejemplo de María; pero nosotros, por nuestra desgracia, oponemos á sus virtudes tres vicios contrarios.—Primero. *Un orgullo profundo*. Nosotros no solo adoptamos las alabanzas, sino que creemos merecerlas; y la estima secreta que tenemos de nosotros mismos, es todavía superior á la que se nos muestra.—Segundo. *Una modestia fingida*. Bien lejos de turbarnos con las alabanzas, nos complacemos de ellas, gustamos que nos alaben, y con las alabanzas alimentamos y hartamos nuestro corazón; y si alguna vez manifestamos despreciarlas, lo hacemos solo para procurar otras.—Tercero. *Una imprudencia y una seguridad fatal*. Lejos de entrar en desconfianza y de cautelarnos, nuestra confianza se hace esclava de la adulación, y nosotros quedamos desarmados. ¿Ay de mí! ¿No es este por ventura el artificio con que el espíritu del error y el espíritu impuro han engañado una infinidad de almas y han triunfado acaso de nosotros mismos?

Lo segundo. *El ángel revela á María el grande misterio de la Encarnación, y María le propone sus dificultades*.—“Y el ángel le dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios: mira, concebirás y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Este será gran-

de, y será llamado hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su padre y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin. . . .” Para sosegar la turbación de María, el ángel la llama por su nombre; y después de haberle confirmado cuanto ya le ha dicho sobre la dignidad futura, le revela que ella debe ser la madre del Mesías, que tendrá por hijo el Hijo del Altísimo, que este hijo reinará y su reino no tendrá fin.—María. ¡Oh María! ¡Cuántas grandezas para vos! ¡Cuántas gracias para los hombres! ¡Qué gloria para vuestro divino Hijo! ¡Qué felicidad para el universo! Ea, María, danos prisa, volad al colmo de las grandezas á que vuestro Dios os llama. Pero María está suspensa, duda y no ha dado aun su consentimiento. María está unida á Dios, ella lo ama y no ama otra cosa que á Dios; es pura, es Virgen, no quiere cesar de serlo, porque sabe que este estado le agrada á Dios, que es la misma santidad. Entre tanto se le habla de ser madre, ella no quiere dar su consentimiento á cuanto se le anuncia, sin saber primero si todas estas grandezas se unirán con la virginidad que profesa y que sabe ser tan agradable al Señor. “Y María dijo al ángel: ¿cómo se hará esto, porque no conozco varón?” Yo soy virgen y Dios me inspira que lo sea siempre. De todos los sentimientos de que entonces estaba llena la grande alma de María, este solo manifiesta y debe servir de auténtico testimonio de cuál fuese su extremado amor por la pureza. Esta es la primera palabra que tantas grandezas ha sacado de la boca de María, palabra que ha resonado en todo el universo, que ha formado y formará hasta el fin de los siglos una infinidad de vírgenes y esposas á Jesucristo, y que ha merecido á María el glorioso título de Reina de las vírgenes.—¡Oh Virgen santa! ¡oh Madre de pureza! ¡Cuán conformes son á los designios de Dios sobre vos las disposiciones de vuestro corazón, mostrándoos con esto digna de cuanto os ha anunciado el ángel de Dios! El mismo obstáculo que vos oponéis es un poderoso aliciente, tanto para el esposo que os está destinado, cuanto para el divino Hijo que se os anuncia.

Lo tercero. *El ángel explica el misterio inefable y María consiente*.—Una inquietud fundada sobre la mas escrupulosa virtud, y que sin alterar la simplicidad de la fe quería cuidar de la integridad de la inocencia, merecía alguna declaración. La fe no destruye la razon con someterse, no prohíbe al fiel el deseo de conocer y de ser instruido: esta es la situación de María; en su pregunta ni hay desconfianza ni duda. Para creer no pide como Zacarías una señal ó una prueba para convencer su espíritu. Está dispuesta á creerlo todo; pide solamente ser instruida. Por esto Gabriel se halló en la necesidad, lo primero, de explicarle menudamente la manera con que se debía obrar este gran misterio. “El Espíritu

PUNTO III.

EL ÁNGEL SE RETIRA DE MARÍA.

Santo (dijo) vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra; y por eso tambien lo Santo que nacerá de tí será llamado hijo de Dios. . . .” Lo segundo. El ángel revela á María lo que ha sucedido á santa Isabel. Nada debe ignorar la pura y la dócil María. “Y mira (le dijo) que Isabel tu parienta ha concebido tambien un hijo en su vejez, y ya está en el sexto mes la que se decía estéril. . . .” María no dudaba, ni tenía necesidad de ser asegurada con el ejemplo de este prodigio tan nuevo de la concepcion del santo precursor; pero el ángel quiso colmarla al mismo tiempo de esta dulce alegría, y añadiendo á un milagro la relacion de otro, quiso enseñarle que ó sea que una virgen tenga un hijo sin perder su virginidad, la una cosa no es mas difícil que la otra á aquel que todo lo puede en el cielo y en la tierra. Y por esto le añade lo tercero: “Porque ninguna cosa será imposible á Dios. . . .” Ello es cierto que el ángel se explica así mas para nosotros que para María; queriendo darnos á entender que no solo este misterio, sino todos los otros del Hombre-Dios, están fundados sobre la omnipotencia de aquel que de nada crió todas las cosas. Por consiguiente, vayan lejos de nosotros todos los razonamientos frívolos del espíritu humano: *nada es imposible á Dios*.—Esta es la respuesta á todas las objeciones de los impíos contra la religion, y á todas las dificultades que pudiesen presentarse á nuestro espíritu para turbar nuestra fe: *nada es imposible á Dios*. Yo creo, ¡oh Dios mío! yo creo con una fe firme é inmovible todo aquello que habeis revelado á vuestra santa Iglesia; porque *nada es imposible*, y yo soy incapaz de concebir las maravillas que vos podeis obrar. Yo las creo porque las habeis dicho, yo no discreo sobre ellas, porque nada es imposible para vos. . . . Después de esta declaración del ángel, María da su consentimiento en dos palabras, en que resplandecen la fe mas viva, la humildad mas profunda, el amor mas tierno, la obediencia mas sumisa, la aprobacion mas simple, el deseo mas ardiente de cooperar á los designios de Dios, y finalmente, el abandono mas perfecto en su divina voluntad; María entonces dijo: *Mira aquí la sierva del Señor; hágase en mí segun tu palabra. . . .* ¡Oh palabras admirables de María, que han formado la felicidad de los hombres, han consumado el misterio de la Encarnación, han cumplido las profecías y reparado la desobediencia de nuestros primeros padres, y las dolorosas consecuencias del fatal colofón que tuvo Eva con el ángel de las tinieblas; palabras que por reconocimiento la Iglesia pone tres veces cada día en la boca de sus hijos; palabras dignas de repetirse con frecuencia, de meditarse y de admirarse! Dígnaslas continuamente y con los mismos sentimientos que María.

“Y el ángel se partió de ella. . . .” Entónces se obró el inefable misterio de la Encarnación del Verbo: es propio de las almas puras contemplarlo en silencio.

Lo primero. *De la parte de Dios*.—Dios Padre nos da su Hijo, que en este momento se hace hombre en el casto seno de María por obra del Espíritu Santo. Las tres personas de la Santísima Trinidad con María.—Estas solas son los testigos de un misterio purísimo y sublimísimo, no admitiendo ni aun la presencia de un ángel. Este es el primer principio de la obra de la omnipotencia de Dios, el fin y la perfeccion de todas sus obras, por medio del cual su bondad infinita se comunica en una manera la mas noble, la mas perfecta y la mas digna de él.

Lo segundo. *De la parte de Jesucristo*.—En este momento el hijo de Dios es hombre: un hombre es Hijo de Dios, él mismo es Dios y hombre: Dios eterno; eternamente engendrado, existente en el seno de su Padre y niño escondido en el seno de su madre. Este momento de tan largo tiempo predicho, ha finalmente llegado; desde este momento los hombres tienen un Salvador hombre como ellos, que por ellos se ofrece á cumplir todas las voluntades de su Padre, á padecer la sentencia de muerte pronunciada contra el primer hombre, y todos sus descendientes: desde este momento la tierra le rinde á Dios un homenaje digno de él, á él igual y que no puede rehusar. El Mesías prometido á los hombres está ya concebido en el casto vientre de María. ¿Y quién es este divino Mesías, qué cosa, pues, será él? *El es el hijo del Altísimo*. En esta calidad tendrá todo el poder en el cielo y sobre la tierra, será llamado Jesús, que significa Salvador. Ya corresponde y acabará de corresponder á toda la extension de este grande nombre: *tendrá la silla de David su padre*, y aquella silla celestial, que la de David era solo una figura: *reinará sobre la casa de Jacob*, sobre los verdaderos israelitas herederos de la fe de Abraham; reinará sobre sus corazones con su gracia en esta vida, y reinará con ellos en la gloria despues de su muerte, y su reino no tendrá fin.

Lo tercero. *De la parte de María*.—Despues que el ángel se partió, se siguió y se cumplió en ella lo que le habia dicho. De la sangre mas pura de esta Virgen inmaculada el Espíritu Santo formó un cuerpo, que animó con una alma perfectísimas; y en el mismo instante el Verbo de Dios se unió sustancialmente y en unidad de persona á este cuerpo y á esta alma. Ahora María de sierra del Señor viene á ser en Madre; verdaderamente Madre de Dios, pues que el Niño que lleva, formado de su sangre en sus castas

entrañas es verdaderamente Dios... ¡Oh feliz obediencia, que ha tenido la fuerza de hacer bajar al seno de María el Criador omnipotente del cielo y de la tierra!

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh admirable Salvador, felicidad de los hombres, espectación de las naciones, nuestro Redentor y nuestro Maestro! mirad que finalmente vos estais en medio de nosotros. Recibid mis primeros homenajes, permitidme conocer vuestros pasos, seguidlos sobre la tierra, y contemplar las maravillas que ilustran todos los instantes de vuestra vida mortal... ¡Oh Madre de Dios! ¡oh madre nuestra! ¡oh reina de los hombres y de los ángeles! ¡De qué luces fué ilustrado vuestro entendimiento, de qué sentimiento fué penetrado vuestro corazón, de qué favores fué inundada vuestra alma en el momento adorable de la Encarnación del Verbo! Este favor inefable, esta augusta dignidad, que acercándoos y uniéndoos tan íntimamente á Dios, os elevó sobre todas las puras criaturas, ha sido concedida á vuestra humildad, á vuestra pureza, á vuestra fe, á vuestra sumisión... ¡Oh modelo admirable! ¡cuán lejos estoy yo de vuestras virtudes! Alcanzadme las de aquel que se encarnó en vuestro seno para nuestra satisfacción. Haced que despues de haber preparado mi corazón por medio de su gracia y de su amor, se lo tome él mismo por medio de su espíritu, para que yo viva solo de él, en él y por él, y que no sea yo ya quien viva, sino que sea él en mí. Amen.

MEDITACION IV.

MARIA VISITA A ISABEL.

San Luc. c. I, XXXIX, LXI.

PUNTO PRIMERO.

PARTE MARÍA Á LA CASA DE ISABEL.

“Y María en estos mismos dias parió con toda prisa á la montaña á una ciudad de Judá...” Consideremos lo primero los motivos que resolvieron á María á hacer este viaje. Lo segundo las virtudes que practicó haciéndolo.

Lo primero. *Tres motivos determinan á María á hacer este viaje.*—Primero. *La fidelidad á la inspiración divina.*—María no va á ver á Isabel por asegurarse de cuanto el ángel le habia dicho, su fe es perfecta, mucho menos con intención de participar á su parienta el misterio que on ella se habia obrado; lo esconde á su mismo esposo, á quien parece que estaba obligada

por tantas razones; mas atenta y dócil á los movimientos del Espíritu Santo, que la guía en todo, sigue simplemente la impresión que la lleva á visitar y ver á Isabel, juzgando que el Señor tiene en esto sus designios. Lo tenia en efecto; queria santificar al precursor, manifestar la gloria y el poder de su Hijo desde los primeros momentos de su concepcion, y llamando á las madres de una nueva abundancia de gracias, hacerles gustar los mas dulces consuelos.—En los buenos movimientos que Dios nos inspira se hallan muchas veces designios particulares para la manifestación de su gloria, para utilidad y provecho del prójimo, para nuestra perfeccion y para nuestro consuelo. ¡Cuántas ventajas preciosas nos hace perder nuestra dispacion y nuestra resistencia con hacernos culpables?

Segundo. *La amistad es motivo que determina el viaje de María.*—María é Isabel eran parientas, las dos habian llegado á ser madres por milagro, bien que de orden bien diferente. Las dos llevan en sus vientres, la una al Mesías y la otra al precursor. ¡Qué nudos mas dulces podian formar una tierra unida entre estas dos afortunadas madres!—Los santos no son insensibles á los alicientes de una amistad fundada sobre la virtud, sobre la semejanza de las gracias recibidas y sobre la conformidad de la vocación y del ministerio; antes son mas capaces de gustar sus dulzuras y mas exactos en cumplir sus deberes.

Tercero. *La caridad es un nuevo motivo que empuja á María á hacer esta visita.*—Isabel era mujer entrada en edad y avanzada en su preñez; en esto estado y en la situación en que se hallaba su marido, tenia necesidad en casa de una persona de confianza que la pudiese ayudar y consolar; este es el fin porque María emprende su viaje. Hasta ahora el amor de Dios, el espíritu de la humildad y la frecuencia á la oración la habian tenido retirada de su casa; pero la caridad con el prójimo le hace salir de ella. Esta virtud sola la guía y anima, y no el amor de la dispacion y del placer, no el deseo de ver y de ser vista, ni aquella curiosidad ó aquella ostentación que son, por no decir mas, los frecuentes motivos de las visitas que nosotros hacemos.

Lo segundo. *María parte;* pero ¡oh cuántas virtudes muestra en su viaje! Primera.—Una profunda humildad que nada puede conmovérle y que no le permite considerar la eminencia de su dignidad, y la infinita deferencia que se halla entre el hijo que ella lleva y el que lleva Isabel. El cambio que sucedió en su persona no perjudica á la simplicidad de su conducta. La sierra del Señor no conoce aquellas leyes bizarras que la conveniencia y la dignidad han establecido, que la vanidad del mundo hace observar con tanta exactitud, y que las delicadezas de los hombres han hecho indispensables. Ella ignora aquellos derechos, aquellas etiquetas sobre la esfera que el amor pro-

pio ha imaginado, introducido, y que exige tanta severidad. Estaba bien lejos de ella aquel orgullo que muchas veces nos impide cumplir nuestras obligaciones con el prójimo. Segunda.—María muestra un ánimo y un valor heroico, que nada puede vencerlo, ni el rigor de la estación, ni la dificultad de los caminos, ni los peligros de las montañas que convenia atravesar. Su situación, su juventud, la delicadeza de su sexo no son para ella motivos de dispensarse de cumplir la obra de Dios y de volar donde el deber la llamaba.—La caridad luego que está en un corazón lo mueve y lo estimula á hacer por el prójimo todos los servicios de que es capaz, á no mirar las propias penas ni á las propias inquietudes, y sobre todo, á unir á los buenos oficios y atenciones que pide la amistad, las miras nobles y sublimes de la fe y de la religion.

Lo tercero. *María hace su viaje con tan admirable elocuidad, que ninguna cosa puede detenerla.*—Ni la curiosidad puede hacerla desviars, ni la fatiga tomar reposo; ninguna cosa puede moderar su actividad y su fervor. Cuando se trata de nuestro placer ó de nuestra satisfacción, nada se encuentra de difícil: nosotros nos dejamos llevar á ellos con ardor y con diligencia; pero si se trata de hacer bien, ¡oh y cuántas dificultades, qué debilidad, qué vileza! Reformémonos á ejemplo de María.

PUNTO II.

LLEGA MARÍA A CASA DE ISABEL.

Observemos lo primero la salutación que hace María á Isabel, y los efectos que produce.—“Y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel...” Los que son mas favorecidos del Señor están siempre mas prontos para prevenir al prójimo... María se presenta á su parienta: el ángel previno á María, y María previene á Isabel... La verdadera caridad previene los intereses de los otros, sin interes temporal alguno. Si la caridad de Dios no nos hubiese prevenido y no nos previniese todos los dias, lo habríamos nosotros conocido? pensaríamos en tributarle nuestros obsequios?... “Y sucedió que apenas Isabel oyó la salutación de María, el Niño saltó en el vientre, é Isabel fué llena del Espíritu Santo...” El Evangelio no nos dice en qué términos fué concebida esta salutación; pero nos enseña las maravillosos efectos que produjo. Primero. *Sobre san Juan.* Apenas hubo María hecho sentir su voz á Isabel, por el mayor de todos los milagros y por el favor mas singular, Jesús desde el vientre de su Madre obró ya sobre san Juan. Santifica su alma segun la promesa del ángel á Zacarías, se da á conocer el misterio de precursor, á que está destinado, y aun se lo hace ejercitar por medio de

Isabel; finalmente, lo llena de una alegría celestial que lo hace saltar... De la misma manera la presencia de Jesucristo en el augusto sacramento del altar obra los mas admirables efectos sobre los verdaderos fieles, y ellos reciben mayores ó menores fuerzas y gracias á proporcion de sus disposiciones.—Segundo. *La salutación de María obra en Isabel un efecto milagroso.*—Esta santa mujer llena del espíritu de Dios é iluminada de lo alto, conoce y anuncia los sublimes misterios cumplidos en María: la Encarnación del Verbo y la divina maternidad. Intérprete de los sentimientos del hijo que lleva en sus entrañas, hace por él el oficio de precursor, y celebra las grandezas de Jesús y su Madre.—Gracias tan extraordinarias como estas, que provienen de la visita de María, nos enseñan lo que debemos esperar del cielo por su mediación, y cómo debemos alabarla y suplicarla. La primera gracia comunicada á los hombres por el Verbo encarnado, y primer milagro que obró fué desde el vientre, y por medio de la voz de María.—¡Oh Madre de gracia, cuán poderosa es vuestra voz! Hacedla sentir á mi corazón ó á lo menos hacedla sentir á vuestro Hijo en favor mio. ¡Oh Madre divina! ¿cómo podre yo jamás dignamente alabaros y celebraros? Lo aprenderé de la boca de santa Isabel.

Lo segundo. *Y exclamó en alta voz, y dijo:*—“Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mi esto, que la Madre de mi Señor venga á mí? Porque mira: apenas llegó á mis oidos el sonido de tu salutación, saltó por el júbilo en mi vientre el niño. Y tú eres bienaventurada, que has creído. Porque se cumplirán las cosas que el Señor te ha dicho...” Consideremos los elogios y los títulos que Isabel da á María.—Primero. La llama *bendita entre las mujeres.*—El ángel le habia ya dado este título, é Isabel añade: *y bendito el fruto de tu vientre.* como si hubiera dicho: ¡Oh Virgen santa! qué suerte de gracias podrá filtrarte á tí, que llevas en tu vientre el fruto, el autor, la fuente y el origen de todas las bendiciones? Este elogio lo repite continuamente la Iglesia en la salutación angélica: ¡a rezamos nosotros con el espíritu de Isabel!... ¿Cómo, pues, se atreverá jamás la herejía á blasfemar de los honores que tributamos á María? ¿No son estos inspirados por el Espíritu Santo? ¿Y podrán acaso separarse de los que debemos dar á su Hijo?—Segundo. Isabel prosigue: “Y de dónde á mi esto, que la Madre de mi Señor venga á mí?...” ¡Qué grandes verdades y luces esparcen en el espíritu de Isabel y en su corazón la presencia de Jesucristo y la virtud de María! Ella se muestra penetrada de los mismos sentimientos de modestia y de humildad, de que María fué tan abundantemente prevenida. La santa Virgen ha tomado la calidad de sierva del Señor, y esto fué puntualmente cuando llegó á ser la Madre. Isabel recono-

ce la grandeza del hijo de María, y lo llama su Señor justamente cuando el Señor la previene. —Tenemos nosotros los mismos sentimientos por Jesucristo cuando nos visita? . . . ¿Su divina presencia y su gracia en el adorable sacramento de su cuerpo y de su sangre imprimen en nosotros los mismos efectos de júbilo? ¿Si nosotros tuviésemos la fe y la piedad, la humanidad y reconocimiento de Isabel, con qué afectos expresáramos nuestra admiración, nuestro respeto y nuestro amor, y gritáramos: “¿Y de dónde á mí esto, que mi Señor y mi Dios se digne de venir á mí?”

Lo tercero. *Isabel dijo á María:* “Y tú eres bienaventurada porque has creído. . . .” Ella se alegra con María por los dones preciosos de la gracia y de la fe que ha recibido del cielo: y verdaderamente puede haber otra verdadera y sólida fortuna?—Muchas veces en el mundo se llama feliz una hija que ha encontrado un considerable partido en que colocarse; y tiene compasión de otra, que por una fe viva y generosa renuncia las mas grandes esperanzas del siglo por asegurarse por medio del retiro las recompensas prometidas á los discípulos de Jesucristo. A esta virgen cristiana se podría con razon decir: *bienaventurada tú, porque has creído* á las promesas del Salvador; tú verás su cumplimiento entero en el ciento por uno que recibirás aquí en la tierra, y en el cielo que te está preparado.

PUNTO III.

LA DETENCION DE MARÍA EN CASA DE ISABEL,
Y SU VUELTA A NAZARETH.

“María, pues, se detuvo con ella cerca de tres meses, y volvió á su casa. . . .” Consideremos lo primero las ventajas que trajo su detención á la casa de Zacarías.

Bajo las apariencias de los servicios ordinarios, ¿qué ventajas no procuró la presencia de María á la casa de Zacarías?—Si su primera llegada, si sus primeras palabras obraron en ella tantas maravillas, ¿qué abundancia de gracias, de consuelos y de bendiciones no le produciría su demora por cerca de tres meses? Ella lleva en su corazón y en su vientre las dones mas excelentes; en su corazón la plenitud de la gracia, en su vientre á Jesucristo, que es el autor y la fuente.—¡Oh casa afortunada que se halló digna de poseer tan largo tiempo un bien tan grande! Ventaja preciosa de que fueron participantes todos aquellos que frecuentaban la casa de Zacarías, aunque ignorasen el misterio de un Dios hecho hombre en el vientre de María; podrían por ventura ver esta Virgen incomparable, hablarla y oirla sin quedar penetrados de respeto para con ella y llenos de amor para con Dios?

Lo segundo. *Observemos los motivos que tuvo María para valerse á Nazareth antes del parto de su parienta.*—Isabel estaba en el sexto mes cuando María llegó á su casa. Estaba ya, pues, vecina al término de su preñez, cuando esta santa Virgen, siempre atenta y fiel á las impresiones del Espíritu Santo, se volvió á Nazareth. Si no esperó el nacimiento de san Juan (como dicen los intérpretes y parece insinuarlo el Evangelio), pueden considerarse tres razones, tomadas, la primera de parte de María.—La eminencia de su pureza: por santa que fuese Isabel y por santo que fuese el fruto que llevaba, no era ciertamente como María, exenta de la ley que condenaba las mujeres á los dolores y á las consecuencias del parto. . . . No convenia, pues, á la Virgen Madre de Dios hallarse al parto de su parienta. . . . El estado de la virginidad exige conveniencias que no se pueden violar sin escándalo del prójimo, y muchas veces sin peligro de la propia persona.—Segunda de parte de Isabel.—El embarazo de la situación. En el estado en que se debía hallar, tenia necesidad de los socorros de toda su casa. Las atenciones que tenían por María y que se le debían, hubieran acrecentado el embarazo, y la caridad es atenta á no hacerse pesada é importuna.—Tercera de parte de san Juan.—La gloria de su nacimiento. Las maravillas que se habían de obrar debían llamar sobre él las atenciones y hacerlo objeto de admiración al pueblo; cosa que no se hubiera podido hacer, á lo menos con decencia, en presencia de aquel de quien traía toda su gloria de aquel día: vendrá el tiempo en que el precursor hará lo mismo, retirándose para dejar la gloria á su Maestro.—Si nuestros pasos fuesen regulados por la razon, por la prudencia y por la voluntad de Dios, cada cosa tendrá su tiempo. La Providencia lo dispone todo con sabiduría; á nosotros toca, á ejemplo de María, seguir sus miras, y no turbar la sabia economía de sus designios con la demasiada viveza é impetuosidad de los nuestros. . . . Aprendamos tambien de esta santa Virgen, que después que Isabel no tuvo necesidad de su ministerio, se dió prisa para volverse á su retiro, que era su centro, á emplear en nuestras visitas solo el tiempo necesario, y á llevar á ellas un espíritu de piedad y segun Dios. Y si las disposiciones de aquellos que visitamos no nos permiten siempre tener discursos edificativos, suplémolos con la modestia de nuestro exterior, con la moderacion de nuestros sentimientos y con un cierto aspecto de decencia y de caridad, que muchas veces hace mas efecto sobre el espíritu de los otros, que los mas piadosos discursos.

PETICION Y COLOQUIO.

Derramad, pues, sobre mí ¡oh Dios mio! esta caridad viva y ardiente; encendeme de aquel sa-

grado fuego, de que llenásteis el corazón de María, y por medio de esta el de Isabel, para que en adelante yo no me aplique á otra cosa, que pueda procurar vuestra gloria, mi salvacion y la de mis hermanos. Vos solo seais el fin de mis compañías, el nudo de mis amistades y el objeto de mis visitas y conversaciones; vuestro espíritu sea en ellas el principio, vuestra gracia el vinculo y vuestro amor el fruto.

¡Oh santa Madre de mi Salvador! alcanzadme alguna parte de aquel espíritu de santidad y de edificacion que con tanta abundancia derramásteis en aquella visita que hicisteis á Isabel. Sirva ella de modelo á todas las visitas que nosotros hagamos, las que bien lejos de ser como nos lo enseña vuestro ejemplo, actos y testimonios de caridad, medios de conservar y aumentar la union de nuestros corazones, ocasiones propias para edificar al prójimo ó para ser de él edificados, son por el contrario y frecuentemente entre nosotros, un comercio reciproco de inmortalizacion y vanidad, de disipacion, de vicios y de pasiones que mutuamente se reciben y se comunican. Reconlejos, ¡oh divina Madre! con los efectos de vuestra poderosa proteccion nuestra felicidad para imitarlos en adelante. Amen.

MEDITACION V.

CANTICO DE MARÍA.

San Lóc., e. I, v. XLVI, LV.

Habiendo Isabel, llena del Espíritu Santo, hablado á María, esta santa Virgen, llena tambien del mismo Espíritu, le respondió con este magnífico cántico, que la Iglesia reza todos los dias y que es el primero del nuevo Testamento.—María en él alaba á Dios, lo primero por lo que ha obrado en ella; segundo por lo que ha hecho contra los que oprimieron su pueblo, y lo tercero por cuanto ha hecho en favor de su Iglesia.

PUNTO PRIMERO.

MARÍA ALABA Á DIOS POR CUANTO HA HECHO
EN FAVOR DE SU IGLESIA.

“Mi alma, dijo María, engrandeció al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador. Porque miró la bajeza de su esclava, mira que desde este punto me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque me ha hecho cosas grandes el que es poderoso y santo su nombre, y su misericordia de generacion en generacion sobre aquellos que lo temen. . . .”

Estas primeras palabras del cántico de María incluyen, lo primero, *los sentimientos de su recono-*

cimiento.—Mi espíritu, dice María, está arrebatado de admiracion, y mi corazón trasportado de amor; yo no soy ya mia, el Señor llena toda la capacidad de mi alma. ¡Oh y cuán grande es este Dios de bondad! Me ha colmado de favores tales, que mi boca no puede ponderar bastantemente, porque mi corazón no puede comprender tanta felicidad. Yo era la mas desconocida y la mas pequeña de sus criaturas, y se la digno de dirigir á mí sus atenciones. . . . ¡Qué reconocimiento! ¡qué amor! Así exprime el alma verdaderamente humilde, fiel á las gracias de Dios y siempre penetrada de sus misericordias, su gratitud, ó sea que hable á su Dios, ó sea que de él hable y discorra con el prójimo; ó sea que sus transportes y sus sentimientos son de amor, y tal es el espíritu que anima á María: su alma trasportada en el poder y en la bondad de su Dios, reconoce sus dones, adora sus misericordias y publica sus favores, y toda absorbe en el júbilo, no se alegra en sí misma, sino solo en Dios, único autor de su felicidad. Lejos de gloriarse de sus propios méritos, no ve en sí otra cosa que abatimiento y nada. Las bondades mismas de Dios la hacen aun mas humilde.—Procuremos formar en nosotros estos sentimientos y adquirir estas disposiciones. Contra el falso esplendor y la ilusion de la grandeza humana, digamos á nosotros mismos: alma mia, reconoce á Dios solo por grande, admíralo á él solo, y refiérela todo á su gloria. Contra las lisonjas de los placeres, digamos: en Dios solo está el contento sólido, los placeres puros y durables, y así mi espíritu no reconocerá otros, ni deseará otros mi corazón. Contra el veneno de las alabanzas y contra los artificios del amor propio, entremos dentro de nuestra nada y llamemos á nuestro corazón lo que no pudo hacer María, esto es, la memoria de nuestros pecados.

Lo segundo. *Las palabras de María contienen una profecía.*—Miradme, dice; he venido á ser objeto de admiracion para todos los siglos: de edad en edad mi nombre será ensalzado entre los hombres; será conocida entre ellos como la mas afortunada de las mujeres.—Si María no hubiese sido inspirada de lo alto, hubiera podido asegurar que todos los siglos la conocieran, la admirarian y la llamarían bienaventurada? Y ciertamente nosotros vemos el literal cumplimiento. Unamos, pues, nuestra voz á la de la Iglesia y á la de todos los siglos, y penetrados de la virtud, de las grandezas y de la felicidad de esta Virgen santa, contribuyamos en cuanto podamos á su gloria.

Lo tercero. *María hace un dogo perfecto de los atributos de Dios.*—Isabel le habia dicho: tú eres bienaventurada por haber creído á las palabras del ángel, queriendo decir que su fe era la causa de su felicidad. María añade á esta verdad otra mas profunda y mas pura: mi felicidad es grande, lo confieso; pero la debo á una gracia

puramente gratuita del Señor. Sola su voluntad es el origen de mi gloria y de los favores con que le agrado prevenirme. Me ha escogido por efecto de su bondad; esto es lo que forma toda mi grandeza, esto es lo que me penetra y me arrebató de amor. Si, él es el soberano Señor, cuyo nombre es santo, y su poder sin límites es el que ha obrado en mí tan grandes cosas.—Su misericordia es infinita. ¡Ah! Si los hombres no cesasen de adorarlo y de temerlo, verían pasar su magnificencia de padres á hijos y extenderse de generacion en generacion.—Aquí María alaba particularmente los tres atributos que caracterizan todas las obras del Señor, y nos enseña que todos los misterios y el Evangelio mismo están fundados sobre la potencia, sobre la santidad y sobre la misericordia de Dios. ¿Puede haber un motivo mas grande de fe para una alma recta? Pero el espíritu soberbio desecha los misterios de la potencia que no puede comprender; el corazón corrompido resiste á los misterios de la santidad que no puede gustar, y el hombre pecador abusa de los misterios de la misericordia, que extiende ó estrecha en favor de sus pasiones.—Hayamos de una tan terrible desgracia. Demos gracias á Dios por cuanto ha hecho en María, y demóselas con las palabras de la misma Señora, por cuanto hace en nosotros cada vez que lo recibimos en la comunión, sacramento inefable de su poder, de su santidad y de su misericordia.

PUNTO II.

MARÍA ALABA Á DIOS POR CUANTO HA HECHO CONTRA LOS OPRESORES DE SU PUEBLO.

Ahudo María: "Hizo prodigios con su brazo; dispuso á los soberbios con los pensamientos de su corazón; ha depuesto del trono á los poderosos y ha exaltado á los humildes. Ha colmado de bienes á los hambrientos y enrió vacíos á los ricos...."

Lo primero. *María en estas palabras hace memoria de lo pasado.*—Parece que quiero decir: Dios ha dissipado en todos los tiempos las empresas que los malvados han formado contra su pueblo, como lo han experimentado los Senaqueribes, los Holofernes, los Antiochos; pero jamás ha hecho sentir el poder de su brazo terrible con mayor magnificencia que en el tiempo de Faraon, el primer perseguidor de Israel; lo ha derribado de su trono, precipitándolo con toda su armada en los abismos del mar. Los hebreos al contrario, despreciados, hollados, sin armas, sin defensa, sin expedientes y privados de todo socorro, han salido de la esclavitud gloriosos y vencedores. El soberano Señor de todos los bienes ha despojado de los sayos á sus ricos opresores, y

estos pobres, á quienes faltaba aun lo necesario, se han hallado enriquecidos con los despojos y con los tesoros del Egipto. La fuerza de los tiranos ha sido confundida y la debilidad de Israel ha triunfado.—Admiremos con María esta suprema grandeza. ¿Quién de nosotros no pondrá su confianza en Aquel que con tanta facilidad puede abatir el orgulloso, y se complace con tanta bondad en aliviar al humilde de corazón?

Lo segundo. *María predice las cosas venideras.* Lo que esta Señora refiere de Faraon es en su boca una profecía de cuanto debia suceder: ó sea á los judios, que después de haber hecho clavar en una cruz al Dios de la humildad, que combatía su orgullo, vieron en su vergonzosa dispersion destruida la vanidad de sus proyectos; ó sea á las naciones infieles, que habiéndose sublevado con furor contra Jesucristo y contra su religion, vieron reducirse á la nada los orgullosos deseos de sus corazones y vinieron ellas mismas á ser la heredad y la conquista de Jesucristo que ha extendido y propagado su imperio en todos los ángulos del universo.... El cristianismo ha tolerado y sufrido una persecucion por parte de los tiranos mucho mas extendida, mas larga y mas sangrienta que la que experimentaron en Egipto los hijos de Israel. ¿Pero tuvieron por ventura estos tiranos una suerte mejor que Faraon? ¿Bajo la proteccion del mismo Dios no triunfaron los cristianos mas gloriosamente que los hebreos? ¿Y quién no ve hoy en día el cumplimiento literal de la predicción de María y exactamente verificadas todas sus expresiones? Los perseguidores de la religion fueron derribados de su trono, y sobre el de los cesáres se colocó el pontífice de los cristianos. Bendigamos al Señor con esta augusta Virgen por haber ejercitado una tal justicia contra los enemigos de su nombre.

Lo tercero. *María nos instruye de lo presente.* ¿No parece, de hecho, que nos dice á cada uno: cualquiera de vosotros que se halle en algun grado de honor, de poder ó de riquezas, guardese de prevalerse de él contra el débil y contra el necesitado? Tema al justo y poderoso vengador del inocente oprimido. Cualquiera que, al oponente, gime bajo injustos opresores, amíse, humílese y ponga su esperanza en el Señor, seguro que aun cuando viniere á quedar debajo, al fin conseguirá una gloriosa victoria. Para ser ensalzados en los ojos de Dios debemos ser humildes; para gustar las delicias del pan eucarístico debemos estar hambrientos; para ser llenos de riquezas espirituales debemos estar vacíos de nosotros mismos y desearlas con ardor.

PUNTO III.

MARÍA HABLABA Á DIOS POR CUANTO HA OBRADO EN ELLA.

Prosigue María su cántico: "Acogió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia; conforme habló á nuestros padres á Abraham y á sus descendientes por todos los siglos...." Para entender bien estas palabras conviene distinguir aquí tres tiempos.

Primero. *El tiempo de las promesas.* El antiguo Israel, ó sea la Iglesia del antiguo Testamento, tuvo sus promesas; el judío ha honrado á Dios, ha merecido su proteccion, y obtenido la salud. La grande promesa hecha á Abraham y confirmada á los otros patriarcas, era que de su sangre naciera un hijo, en quien serian benditas todas las naciones de la tierra.¹ Ninguna cosa habia mas clara que esta profecía; por esto los judios esperaban este hijo, el Mesias, el Cristo, el unigénito del Señor, con una entera unanimidad de votos y de deseos. ¡Felices si lo hubieran reconocido con igual fidelidad! Pero al fin siempre es para nosotros de gran consuelo el ver que ha estado prometido con tanta claridad y por tanto tiempo antes de su cumplimiento.

Segundo. *El tiempo del cumplimiento de las promesas.* Ha llegado aquel tiempo, y el nuevo Israel, la Iglesia de Jesucristo, ya lo goza: ha venido el hijo de bendición, una Virgen lo lleva en su vientre, presto comparecerá y se hará conocer, y cumplirá todo cuanto ha sido profetizado de él. María misma nos lo anuncia; ella nos enseña que la encarnacion del Hijo de Dios y la venida del Mesias son el fin de las promesas de la ley y el principio de las del Evangelio. Nosotros vemos con nuestros ojos la ejecucion de esta profecía. Las naciones de la tierra han sido iluminadas con la luz de Jesucristo, y han renunciado el culto de los ídolos por adorar solo al verdadero Dios; y por lo que respecta á nosotros, vemos alguna otra cosa aun mas sorprendente.

Tercero. *La duracion del cumplimiento.* La promesa ha sido hecha para siempre, para todos los siglos hasta el fin del mundo. La religion de Jesucristo no ha sido en efecto un relampago que haya deslumbrado los pueblos por algunas generaciones; la vemos subsistir ya por cerca de dos mil años, á pesar de los diferentes caracteres de los pueblos que la profesan y de las revoluciones que han ocurrido en ellos, y á pesar de las persecuciones, de las herejías, de los cismas, de los abusos y de los escándalos. Todos los días, aun hoy, nuevas naciones iluminadas abrazan la fe y participan de las bendiciones prometidas.

1 Genes. XVIII, XXII.

PETICION Y COLOQUIO.

Nosotros mismos, ¡oh Señor! hemos recibido estas abundantes bendiciones, bien que fuésemos del número de las naciones idólatras. ¡Ah! no las retiréis de nosotros, ¡oh Dios mío! por causa de nuestras infidelidades y de nuestras habituales prevenciones. Antes hacéndonos el favor de conservárnoslas y de aumentárnoslas siempre mas por causa de vuestros siervos y de vuestros siervas fieles que habitan en medio de nosotros. No abusaremos ya mas de ellas, y las dejaremos como en herencia á nuestros nietos y sucesores. La relacion tan perfecta y tan fiel que vemos entre el efecto y las promesas, encienda y confirme nuestra fe y nos llene de reconocimiento y de amor.

MEDITACION VI.

PRINCIPIO DE SAN JUAN BAPTISTA.

San Lca. e. i, v. LVII, LXXV.

PUNTO I.

NACIMIENTO DE SAN JUAN.

"Y se cumplió para Isabel el tiempo de parir, y parió un hijo. Y los vecinos y parientes de ella oyeron cómo el Señor habia señalado con ella su misericordia, y se congratulaban con ella...."

Alégrase con aquellos que Dios favorece y por las ventajas que les concede; es lo primero: una obligacion de humanidad que se debe cumplir con exactitud. El júbilo que se manifiesta al prójimo por el bien que recibe, aumenta el suyo y completa el nuestro; la negligencia en cumplir este deber viene á ser algunas veces una ofensa.

Lo segundo. *Es una obligacion de caridad que se debe cumplir con sinceridad.* Lejos, pues, de nosotros el conceder bajo palabras de enhorabuena y de placer un espíritu maligno y burlesco ó un corazón triste y celoso.

Lo tercero. *Es una obligacion de religion que se debe cumplir con piedad, refiriéndolo todo á Dios.* Dios es el que da el bien, los talentos y los sucesos prósperos; aplaudamos la distribucion que hace de sus favores, honremos sus dones y aquellos á quienes los comunica, si queremos ser participantes de sus misericordias. La sociedad de los fieles forma un mismo cuerpo, y las ventajas de cada particular son comunes á todo él y todos los miembros deben participar de ellas.

Lo cuarto. *Es para nosotros una obligacion de humanidad, de caridad y de religion, entrar á parte de las aflicciones que suceden á nuestro próxi-*

mo y de entrístecernos con él. ¿Y cómo cumplimos nosotros estas obligaciones?

PUNTO II.

CIRCUNCISION DE SAN JUAN.

“Y sucedió que al octavo día fueron á circuncidar al infante...”

Primeramente: *examinemos en esta ceremonia la persona de san Juan.* Aunque fuese santificado desde el vientre de su madre, no se deja de circuncidarlo.—Las gracias extraordinarias no dispensan de la observancia de la ley común.

Lo segundo. *Observemos los padres de san Juan.*—“Y lo llamaban Zacarías por el nombre de su padre...” Este nombre era amable en la familia y de bendición para con el pueblo, porque el que lo tenía lo había ilustrado con todas las virtudes que constituyen un hombre santo á los ojos de Dios y respetable á los de los hombres. Por otra parte, se seguía en esto el deseo inocente de la naturaleza y el sentimiento común á todos los padres que desean vivir en sus hijos y que no pueden sufrir que su nombre caiga en el olvido.... Quisiera Dios que los nombres propios sirviesen simplemente para conocer las personas, y no para hinchar la vanidad y fomentar el orgullo..... Quisiera Dios que los nombres de los cristianos sirviesen para anunciar y defender la fe, y no para manifestar el espíritu y el carácter de la pasión que muchas veces ha movido á los padres á ponerlos.

Lo tercero. *Consideremos á Isabel.*—Ella sin duda se habría alegrado más que ningún otro de ver revivir en su hijo el nombre de su marido; pero sabía que este hijo no era para el mundo, que estaba destinado á un empleo todo divino, que había nacido en gracia y que nacía para anunciar á los hombres el Dios de la gracia, y por consiguiente que debía llevar un nombre que nada debiese á la carne y á la sangre, nombre conforme al privilegio de su nacimiento y a la grandeza de su destino; por esto sin explicarse sobre la causa y principio de sus lúcos, sin decir que había sido instruida del nombre del niño con una revelación particular ó por algún escrito de su marido, constantemente se opuso á la voluntad de sus parientes. “Y la madre de él respondió, y dijo: de ningún modo, sino que se llamara Juan.” Juan en lengua hebrea significa Dios y gracia... Los nombres que dan los hombres, ó nada significan, ó si significan alguna cosa, son ordinariamente mal sostenidos de quien los lleva....

Los parientes de Isabel le dijeron: “No hay alguno de tu parentela que tenga tal nombre...” Pero ella estuvo firme y fiel á las órdenes del cielo, á la luz de la fe, al espíritu del Evangelio y á los movimientos de la gracia, de que su hijo

debía ser el predicador y el ministro, y sostuvo constantemente que se llamase Juan.... ¡Afortunadas las madres que habiendo conocido bastantemente la vocación del cielo sobre sus hijos, saben como Isabel sacrificar las inclinaciones de una ternura maternal á las órdenes supremas de la voluntad de Dios, y despreciar las quejas indiscretas y las importunas representaciones de los amigos y de los parientes, que ven solo con los ojos de la carne!

Lo cuarto. *Consideremos á Zacarías.* “Y preguntaron por señas á su padre, cómo quería que se llamase? Y él pidiendo la tabla escribió así: Su nombre es Juan. Y todos quedaron maravillados. Y en aquel punto fué abierta su boca y desatada su lengua; y hablaba bendiciendo á Dios.... Y Zacarías, su padre, fué lleno del Espíritu Santo, y profetizó....”

Admiremos aquí en Zacarías su fidelidad en obedecer á las órdenes del cielo, confirmando á su hijo el nombre de Juan; su improvisa sanidad, recompensa de su fidelidad y paciencia; su reconocimiento al Señor mediante el primer uso que hace de la facultad de hablar que Dios le concede; y finalmente, el nuevo favor que el Señor le hace llenándolo de su espíritu y comunicándole el don de la profecía.... ¡Oh, y cuán bueno y misericordioso es el Señor! No se deja vencer en liberalidad: somos nosotros enemigos de nosotros mismos cuando somos ingratos para con Dios.

Lo quinto. *Contemplemos el pueblo.*—“Y fueron sobrecogidos del temor todos los vecinos; y por toda la montaña de la Galilea se divulgaron todas estas cosas; y todos aquellos que las habían oído, las ponderaban en su corazón, diciendo: qué niño será, pues, este? Porque la mano del Señor está con él....” Observemos en este pueblo los sentimientos de admiración, de respeto y de religión á la vista de todos estos prodigios, su celo en publicar las maravillas de que ha sido testigo, su fidelidad en conservar la memoria en su corazón y en pensar y hablar frecuentemente de ellas.... Admiremos también tantas maravillas, demos gracias al Señor, concibamos la mas alta idea de san Juan y emplemos su intercesión para obtener la gracia de prepararnos á recibir á aquel que él ya anuncia con los milagros estrepitosos de su nacimiento.

PUNTO III.

RETIRO DE SAN JUAN.

“Y el niño crecía y se fortalecía en el espíritu, y habitaba por los desiertos hasta el tiempo

1 La tabla cubierta de cera sobre la cual con estilo de hierro escribían los antiguos. *MARKVI.*

MEDITACION VII.

CANTICO DE ZACARIAS.

San Luc, c. I. v. LXXVIII, LXIX.

Este cántico tiene dos partes. En la primera Zacarías se dirige á Dios para bendecirlo por habernos dado un Salvador y por los bienes que este Salvador nos ha de procurar. En la segunda se enciende á san Juan, y después de haber dado á conocer su alto destino, se vuelve de nuevo á los beneficios que recibimos del Salvador, lo que suministra cuatro puntos de meditación.

PUNTO I.

DEL SALVADOR QUE DIOS NOS DA.

“Bendito el Señor Dios de Israel porque ha visitado y redimido su pueblo.... Y ha ensalzado para nosotros el principio de la salud (esto es, nos ha suscitado un poderoso Salvador) en la casa de David su siervo.... Conforme habló por boca de sus santos profetas, que vinieron desde el principio de los siglos.... Salud de nuestros enemigos y de las manos de todos aquellos que nos aborrecen.... para hacer misericordia con nuestros padres y acordarse de su testamento santo.... Conforme al juramento con que juró á Abraham nuestro padre, de darse á nosotros....” En estas palabras considera Zacarías al Salvador.

Lo primero. *Como presente,* esto es, como recientemente bajado del cielo y actualmente existente en la tierra, en la casa de David; como si dijese: Bendito sea el nombre del Señor Dios que adora Israel, porque ha bajado de lo alto del cielo para visitar á su pueblo y rescatarlo de la esclavitud.... De la sangre de David, su siervo, ha sido concebido el Mesías Dios en el seno de una Virgen: el niño que nacera de esta, será el reparo y la salud que nosotros esperamos.... Este santo hombre había tenido la dicha de ver y poseer en su casa á la bienaventurada Virgen, hija de David, que en su vientre llevaba este Salvador fuerte y poderoso, pero no había tenido el consuelo de hablarlo; ahora lo resaca con la efusión de su corazón. ¡El y sus esposas eran aun sobre la tierra los únicos que sabían este grande secreto. Zacarías lo publica y se contenta con nombrar la familia sin nombrar la madre del Salvador.—Pero nosotros que tenemos la suerte de conocerla, alabémosla, y con Zacarías bendigámos á Dios por el grande beneficio ya comenzado de nuestra redención.

La expresión de *cuerno de la salud* (que nosotros traducimos con esta: *principio de la salud*), de que el santo sacerdote se sirve denotar al Salvador, significa fuerza, potencia, ángulo, y final-

de darse á conocer á Israel....” Apenas san Juan salió de la infancia, se retiró al desierto, donde habitó escondido al mundo hasta la edad de treinta años. Este joven, santificado desde el vientre de su madre, huye el contagio del siglo. Esta alma inocente se sacrifica á los rigores de la penitencia. Este hombre extraordinario espera la edad ordinaria para entrar en las funciones públicas; este profeta iluminado por la luz divina antes de haber visto la luz del día, se mantiene escondido; esta voz del Verbo eterno observa un silencio de treinta años antes de dejarse oír. ¿Qué éxito de sus predicaciones no anuncian estos preparativos y estos preliminares?... Se habla eficazmente de la penitencia cuando constantemente se ha practicado. ¡Cuántas lecciones! ¡cuántos ejemplos ofrece aquí san Juan para todas las edades y para todos los estados!

Primero. *Para la juventud.*—Le enseña á crecer en la inocencia y á fortalecerse en el verdadero espíritu de religión y de piedad.—¡Feliz aquel que después de haber pasado de esta manera sus primeros años, se siente llamado de Dios y se retira del mundo para meditar en la soledad la ley del Señor y practicar en ella la perfección! ¡Qué frutos no producirá cuando se digne el Señor manifestarlo al mundo!

Segundo. *¡Qué bello ejemplo da san Juan á aquellos que viven separados del mundo!*—¿Quién vive en la soledad, santifíquela con el estudio y con la meditación de los libros santos, con la oración y con la mortificación.

Tercero. *¡Qué importante lección no suministra san Juan á aquellos que viven en el mundo?*—¿Quién vive en medio del siglo, sepa hacerse un retiro para practicar en él según su estado los ejercicios de religión y obrar allí la propia santificación.

PETICION Y COLOQUIO.

Haced, ¡oh Dios mío! que no perdiendo jamás de vista este santificante retiro, en que san Juan se dio á los ejercicios de una vida austera, en que fué admitido á un íntimo comercio con vos y en que practicó la penitencia mas rigurosa, á ejemplo suyo cumpla yo con fidelidad las obligaciones de mi estado con un espíritu continuo de conformidad y de union con vos, que abraza y acaricie las cruces con que se digne vuestra adorable Providencia favorecerme. Amen.

